

// EL FETICHE EN EL MUSEO: APROXIMACIÓN AL ARTE PRIMITIVO//

ALESSANDRA CAPUTO JAFFUNIVERSITAT POMPEU FABRA

El Fetiche en el museo: aproximación al arte primitivo

Estela Ocampo

Alianza Editorial

Madrid, 2011

277 pp.

Tal como indica su título, el libro de ensayo de Estela Ocampo *El Fetiche en el museo: aproximación al arte primitivo*, presenta una nueva aproximación sobre la relación de Occidente con lo primitivo. El arte llamado primitivo constituye un elemento fundamental en el discurso artístico occidental, tanto por su implicación estética como política. *El fetiche en el museo* no es únicamente aquella obra de arte de la que se apropiaron los artistas modernos de Europa, como Picasso o Gauguin, para generar un nuevo estilo artístico de ruptura con la tradición naturalista; constituye también un cambio sustancial tanto en el propio concepto de arte de occidente, como en su relación con los otros mundos. Así pues, la obra de Ocampo presenta un análisis del concepto de arte primitivo, desde sus primeros usos en referencia a los artistas no naturalistas pre-renacentistas, pasando por la apropiación de objetos de culto de sociedades que habían sido colonizadas por los europeos, hasta su nueva aplicación dentro de un contexto post-colonialista.

Una vez dentro de este ensayo, el lector se enfrenta a la inabarcable complejidad del concepto mismo de lo primitivo. Se trata de un término utilizado con las connotaciones más variopintas, impregnado de tintes eurocéntricos, colonialistas y racistas; lo que ha llevado a que se convirtiera en un concepto cargado de una incómoda politización. En sus inicios, leemos cómo lo primitivo se utilizaba dentro del ámbito de la historia del arte –por ejemplo, uno de primeros usos destaca en la obra de Vasari, sobre los artistas góticos y románicos– y se refería a aquellas obras que técnicamente mostraban un estilo primitivo o, dicho de otro modo,

manifestaban una cierta inmadurez formal, y por tanto, una falta de maestría en relación al estilo vigente, es decir, el renacentista. Lo primitivo era visto como un estilo balbuciente respecto al canon naturalista occidental (reinante en un período específico en la historia del arte europea). Más adelante, se llamaría arte primitivo a aquellas prácticas estéticas elaboradas en las regiones colonizadas –no sólo en los períodos colonialistas, sino también en los neocolonialismos actuales–, lo cual convierte al concepto de arte primitivo el producto de una imposición política y, como consecuencia, también de una imposición estética. No obstante, Ocampo intenta encontrar en el término primitivo otras alternativas para su comprensión, que no consideren únicamente las actitudes colonialistas y eurocéntricas, sino que también incluya nuevas lecturas poscoloniales.

Una vez establecidos los matices, las complejidades políticas y las diversas lecturas de las artes primitivas, Ocampo se ocupa de enmarcar las diversas prácticas que entran dentro de este término y cuáles deberían ser excluidas –lo que ella llama las “inadecuadas compañías”. Se confunden, pues, diversos tipos de arte que, si bien se asemejan a lo primitivo, no entran dentro de su categoría, a saber: el arte precolombino, el arte prehistórico, el arte de los niños, etc. Lo precolombino, por ejemplo, se diferencia de lo primitivo por ser una cultura urbana y, lo más importante, con escritura; mientras que el punto más característico de las artes que entran en el reino de lo primitivo es el hecho de ser ágrafas. Ahora bien, el elemento que comparten ambos tipos de culturas es, precisamente, la voluntad de abstracción. Además, ambos son artes estilizados, simbólicos, que llegan a ser en ocasiones naturalistas, pero que nunca intentan representar la naturaleza como tal. La diferencia radica, básicamente, en que el primero es un arte monumental y el segundo sería un arte preponderantemente ritual. El arte prehistórico y el arte precolombino tienen igualmente, como punto de unión, la voluntad de abstracción, así como el simbolismo y la relación con el universo mítico-religioso. No obstante, no debemos obviar o soslayar que, en cuanto a períodos históricos y tipo de sociedades, son dos tipos de prácticas estéticas diferenciadas.

La abstracción es, pues, un estilo universal recurrente en todas las épocas y regiones que habita el hombre. Surge entonces el debate sobre cómo se lleva a cabo este proceso de abstracción, en lo concerniente a la elección del estilo. Ocampo expone, en este sentido, las diversas teorías existentes en torno a la elección de un estilo estético en particular, desde aquellas más individualistas, como las de Meyer Schapiro –quien ve en el individuo la capacidad de fungir de pionero en introducir un nuevo estilo, que luego definirá una sociedad–, como las teorías más colectivistas, que consideran la abstracción como una voluntad de estilo colectiva; éste sería el caso de Heinrich Wölfflin y la escuela vienesa.

Tras escrudiñar los varios significados y usos que se ha hecho del arte primitivo, Ocampo pasa al análisis de estas prácticas estéticas imbricadas: el arte primitivo existe en cuanto se relaciona al rito, al mito y la vida cotidiana. Surge entonces la interrogante de cómo casar este tipo de prácticas con el concepto de arte propiamente occidental. Como bien ha señalado Rafael Argullol, el arte primitivo nace de la conciencia mítica-religiosa; pensar lo primitivo, utilizarlo desde la perspectiva occidental significa por tanto un retorno hacia el espacio mítico-religioso, al restablecimiento de una relación con la esfera de lo sagrado. El universo mítico es el gran fertilizante del arte, y en cierto sentido, desde occidente se ha hecho necesario un restablecimiento de la relación con el mito y el rito. Ahora bien, al tomar al arte primitivo e introducirlos dentro de un contexto cultural occidental, el objeto

primitivo debe pasar por un proceso de conversión en “arte”: éste consiste, básicamente, en secularizar el objeto primitivo, despojarlo de los demás significados y usos imbricados que éste contiene. No obstante, en este proceso de desacralización se elimina el elemento sacrificial del objeto, se despoja del contenido ritual; así, mediante el aislamiento de la máscara, por ejemplo, ésta se neutraliza y, por tanto, se convierte en un objeto puramente estético. Una vez dentro del museo, el objeto estético adquiere un nuevo significado, es nuevamente ritualizado, pero, esta vez, en clave occidental.

El mundo del arte primitivo está constituido, de este modo, por diversos universos y formas que, o bien ya se han perdido, o bien se piensa –muy comúnmente– que se encuentran en proceso de extinción. Sin embargo, nos percatamos de que se trata de una visión apocalíptica: más que pérdida, se trata de un proceso de constante cambio. Como podemos leer en las páginas de este ensayo, el arte primitivo está muy lejos de ser una práctica estática; más bien, es susceptible al paso del tiempo y a los distintos cambios, así como a los constantes contactos culturales.

